

CAPITULO XIX

Grandezas de la Eucaristía.

1. El misterio circunda al Santísimo Sacramento.—2. Luces del misterio.

CON el entendimiento lleno de asombro hemos entrevisto, aunque someramente, las portentosas magnificencias del dogma católico, revelando al mundo los prodigios inauditos del amor de Jesucristo para con los hombres en el Santísimo Sacramento del altar. Nada hay más dulce, ni más consolador, ni más sublime, ni más milagroso que el misterio eucarístico, compendio de todas las maravillas divinas y reflejo de las infinitas perfecciones de Dios (1).

¿De qué manera la substancia del pan y del vino se convierten por completo en la substancia del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera está y permanece nuestro Redentor dulcísimo bajo las especies sacramentales, sin ser sujeto de ellas?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera dichas especies sacramentales, hallándose separadas de su propia substancia, producen, no obstante, en nuestros sentidos los mismos efectos que producirían si estuvieran unidas á ella?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera y por qué, cuando las sagradas especies se corrompen, desaparece la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, siendo así que no están íntimamente adheridas como el sujeto y sus accidentes?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera, no siendo dichas especies más que las condi-

(1) Quia compendio quodam continent multa quae praecesserunt mirabilia, tamquam illorum impletivum; et altiori modo illa iterum in hoc mysterio intuemur, eorumque memoria nobis renovatur. (Marchant: *Hort. Pastor., De Eucharist., lect. 2, prop. 2.*)

ciones exigidas por Dios para cubrir el Cuerpo adorable de Jesús, verificada la corrupción tornan á informar la substancia del pan y del vino como antes de la consagración?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera el referido Cuerpo de Jesucristo, que real y substancialmente se encuentra en la santa Hostia vivo, es para nosotros invisible, intangible; y permanece todo entero en cada una de las Hostias y todo entero en cada una de sus partes?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera, multiplicándose el cuerpo de Jesucristo en la tierra al modo dicho, reside á la vez en el cielo á la diestra de Dios Padre?—No lo sabemos: *es un misterio*.

¿De qué manera y por qué la sacratísima humanidad de Jesús, que en el cielo se halla circundada de fulgores eternos y de adoraciones incesantes, se encuentra al mismo tiempo en nuestros altares como anonadada y en el más profundo abatimiento? ¿Por qué, siendo Jesús la vida, aparece como muerto; siendo libre, es prisionero; siendo señor, obedece, y siendo alimento no es consumido?—No lo sabemos: *es un misterio*.

2. ¡Ah! ¡Misterios de Dios! ¡Secretos divinos! Pero ¡cuánta luz arrojan sobre nuestra inteligencia, y cuánta dulzura sobre nuestro corazón! Torrentes de luz nos vienen del sol; con él lo vemos todo, y al sol en su esencia no le vemos. He aquí un simil de lo que nos acontece en la Eucaristía. Con nuestros pobres ojos no la vemos en su substancia, y sin embargo ella es luz esplendorosa que nos hace percibir armonías celestiales. Levantemos tímidamente el velo que oculta las grandezas eucarísticas, y, por ciegos que seamos, no podremos menos de ver dos cosas:

- 1.^a Las perfecciones divinas que ella nos muestra.
- 2.^a Los sublimes misterios que nos revela.

§ I

CÓMO LA EUCARISTÍA NOS REVELA LAS PERFECCIONES DE DIOS

3. Excelencia de la Eucaristía —4. Nos muestra la omnipotencia divina.—
5. Igualmente su amor infinito.—6. También su rigurosa justicia.—7. Y su sabiduría sin límites.—8. Muéstranos sus virtudes.

3. *Estando nuestro Salvador para partir de este mundo al Padre, instituyó el Sacramento de la Eucaristía, en el cual como que agotó*

el tesoro de las riquezas de su divino amor para con los hombres, dejándonos un monumento de sus maravillas. (Trident., sess. 13, canon 2.) Con efecto, el augusto é inefable Sacramento de nuestros altares nos muestra con luz vivísima el cúmulo de las perfecciones de Dios, y principalmente su poder, su amor, su justicia y su sabiduría. Ya lo hemos dicho con San Agustín: *Dios, con ser omnipotente, no pudo dar más; con ser sapientísimo, no supo dar cosa mejor; con ser riquísimo, no tuvo para darnos tesoro de más valía* (1). ¡Cuán magnífico y sublime don de Dios es el Sacramento eucarístico!

4. LA OMNIPOTENCIA DIVINA es el fundamento incontestable en que estriba nuestra creencia en los milagros de nuestros altares, pues allí fulgura el poder infinito; ya convirtiendo la substancia íntima de los seres, sin que aparezca nada á los ojos de los hombres; ya produciendo el inefable milagro de la transubstanciación, no precisamente por la palabra de su *Eterno Verbo*, sino por la de una pequeña y débil criatura, cual es el sacerdote, que habla en su nombre; ya haciendo presente en todas las Hostias consagradas del mundo el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, sin que por esto haya muchos Cristos, sino uno solo, el mismo en todas partes é indivisible; ya porque impele á la voluntad humana, sin quitarla su libre albedrío, á aceptar este soberano misterio, y á creerle y á adorarle, á pesar de la oposición de los sentidos y del orgullo de la razón, y, lo que es más, á defender esta verdad, prefiriendo mil veces morir antes que negarla.

Ejemplo de esto último nos ofrece San Tarsicio, joven de pocos años, que murió mártir de la Eucaristía por llevarla á San Pancracio y á sus compañeros, sentenciados á muerte por amor de Jesucristo en los primeros tiempos del Cristianismo. Fué enterrado en las Catacumbas, en presencia de los más antiguos en la fe, quienes lloraron de admiración, y sobre su tumba se grabó un epitafio latino, escrito por el Papa San Dámaso, que decía: *Tarsicio llevaba la Eucaristía á los mártires, y los paganos intentaron profanarla; pero él prefirió morir despedazado bajo los golpes de éstos antes que entregar el cuerpo venerado de Cristo.* (Bolandistas.)

Doce son, notan los teólogos, los milagros principales que se verifican en la sagrada Eucaristía. Dos se refieren á las substan-

(1) Audeo dicere, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus plus dare non habuit. (San Agust., trat. 48, in Joann.)

cias de pan y vino, dos á las especies sacramentales, seis al Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo y á las concomitancias, y los dos últimos al sacerdote consagrante. ¿Quién, al considerarlos, no queda lleno de asombro y reconoce en ellos el poder infinito de Dios?

5. AMOR DE DIOS.—Pero la omnipotencia divina en este misterio no se mueve sino á impulsos del amor del corazón sacratísimo de Jesús, el cual fué tan por extremo fino para con nosotros, que *se nos dió á sí mismo generosamente*, sabiendo que habíamos de ser ingratos, tibios en amarle, y que muchos le habían de olvidar y abandonar, despreciar y blasfemar, ultrajar y profanar. Y se nos dió *por completo*, quedándose perpetuamente con nosotros, entregándose de lleno á nuestra voluntad y sirviéndonos de alimento espiritual de nuestras almas.

¡Cuán patente se halla el amor de Dios en el Santísimo Sacramento! El amor, ya lo hemos dicho, fué el principal motivo que le impulsó á instituirle; quería darse todo entero á nosotros; quería alimentar nuestras almas con su divinidad; quería dejarnos para siempre en el Pan eucarístico un recuerdo constante de su vida, de su pasión y de su muerte; quería unirse íntimamente á nosotros, mejor dicho, transformarnos en Él, *formando sus delicias el estar con los hijos de los hombres. Naciendo Jesús*—dijo Santo Tomás—*se ha hecho compañero del hombre; comiendo con él, se hizo su alimento; muriendo, ha sido el precio de su libertad; y reinando en el cielo, se entrega á él por recompensa* (1). ¿Qué nos corresponde hacer á nosotros? ¡Oh! Reconocer que el Sacramento del altar es *el amor de los amores* (2), y tornarle amor por amor, y vivir, y sufrir, y morir por Él, á la manera que que Él lo hizo por nosotros.

6. JUSTICIA DE DIOS.—Demás de esto, la Sagrada Eucaristía nos trae á la memoria los extremos rigurosos de la justicia de Dios, pues ésta exige, para ser plenamente satisfecha, la Encarnación y la muerte del mismo Dios. La recordación continua de esto es el Santísimo Sacramento. Exige también el rigor de la justicia divina, para que no sean confundidos los pecadores y el mundo culpable no sea aniquilado, la oración continua de un Dios he-

(1) Delitiae meae esse cum filiis hominum. (Prov., VIII, 31.)

Se nascen, dedit socium;
Convalescen in edulium;
Se moriens in pretium;
Se regnans dat in praemium.

(Hymn. in Off. S. Sacram.)

(2) Altaris Sacramentum est amor amorum. (S. Bern., Serm. De coena Domini.)

cho hombre, su anonadamiento permanente en el altar, y la renovación incesante del Sacrificio del Gólgota; y todo esto se realiza en la Sagrada Eucaristía.

Cristo nuestro Señor, quedándose sacramentado, ha sabido satisfacer por completo á su Eterno Padre, y es una *expiación*: darle gloria infinita, cual de justicia le corresponde, y es una *adoración*: aliviar nuestras enfermedades en alma y en cuerpo, y es una *medicina*: atender á todas nuestras indigencias, y es un *alimento*.

¡Bendito sea el Señor, que por modo tan prodigioso se dignó suplir nuestras deficiencias! Somos deudores á Dios de una reparación y de una gloria infinitas, y como todo cuanto pudiéramos hacer, incluso la ofrenda absoluta de nosotros mismos, es muy poca cosa, quiso Jesucristo que, tomándole por holocausto, pudiésemos tributar á Dios un culto digno de su Majestad suprema, y tan grande como puede desearlo. Para que á la Iglesia fuera dable honrar á Dios en todos los siglos de una manera digna de El, y adorarle cual merece, fué precisa la Sagrada Eucaristía, donde sin cesar recibe el Eterno Padre adoración infinita, é infinita satisfacción. La víctima que en el altar se ofrece es de precio infinito, es igual á Dios: ¡es Dios que se ofrece á Dios! ¡Oh cuán afortunados somos los cristianos teniendo en Jesús sacramentado un manantial perenne de todos los bienes! Basta acudir á El para remedio de todas nuestras necesidades.

El fundador de un célebre asilo de huérfanos consultó al venerable cura de Vianney sobre la oportunidad de atraer la atención y favor del público por medio de la prensa. «En vez de hacer ruido en los diarios le respondió el siervo de Dios —hacedlo á la puerta del tabernáculo.» (Ortúzar: *De la Eucarist.*)

Tenía razón sobradísima el venerable sacerdote. Basta mirar al Sagrario para ver en el Sacramento eucarístico la grandeza del *poder*, la grandeza del *amor*, la grandeza de la *justicia* y la grandeza de la *sabiduría*. ¡Cuánta grandeza!

7. **SABIDURÍA DE DIOS.**—¿Dónde se muestra más la sabiduría divina que en el Santísimo Sacramento? Allí se ve á un Dios que ha sabido, mediante un poquito de pan y unas gotitas de vino, encontrar el medio facilísimo de comunicarse íntimamente á nosotros y de darnos su carne y su sangre en alimento, sin que cause repugnancia á los sentidos más delicados. Allí nos permite á todos, lo mismo á los pobres que á los ricos, á los grandes como á los pequeños, á los hombres como á las mujeres, á los propios como á los extraños, participar del mismo divino manjar, que ale-

gra nuestros corazones y fortalece nuestro espíritu, sin más diligencia que desearlo, pues en todos los templos nos espera su corazón amoroso y en todas partes hay sacerdotes que se complacen en repartírnoslo tanto y más que nosotros en recibirle. Allí ha sabido quedarse en medio de nosotros, *por su presencia real*, no sólo para ser visitado y adorado en espíritu y en verdad, sino también para escuchar nuestros ruegos, aconsejarnos en nuestras dudas, consolar-nos en nuestras aficciones, sostenernos en nuestras luchas, y venir á nuestro corazón siempre que lo deseemos y tengamos necesidad.

8. Muéstranos el Santísimo Sacramento la infinita sabiduría de Dios, que por modo tan peregrino nos da en el Sagrario hermosísimas lecciones de *caridad*, de *pureza*, de *penitencia* y de todas las demás virtudes, como luego diremos. ¿Qué *caridad* mayor puede imaginarse que la simbolizada por la manera con que están formados el pan y el vino, materia de la Eucaristía? El pan se forma de muchos granos de trigo, y el vino de muchos granos de uva, todo ello triturado, golpeado y prensado para *refundirse en una sola cosa*, imagen bellísima de la unión íntima que debe existir entre los fieles de Cristo que comulgan.

¿Qué mayor *pureza* que la figurada por la blancura de la Hostia y por la limpieza del vino? ¿Qué mayor *penitencia* que las torturas por las cuales tiene que pasar el trigo y la uva, antes de llegar á ser materia apta para el Santísimo Sacramento? Pero veneremos en silencio estas y otras muchas semejanzas que en la divina Hostia se descubren, y pasemos á indicar las grandezas eucarísticas por los inefables misterios que el Sacramento de amor nos revela.

§ II

INDÍCANSE LOS PRINCIPALES MISTERIOS QUE NOS RECUERDA LA EUCHARISTÍA

9. Locura de amor en la Eucaristía.—10. Cadena del amor divino.—11. Grandeza de la Eucaristía por los misterios que nos revela.—12. Es el centro de la moral cristiana.—13. Analogía maravillosa.—14. Misterios de Belén.—15. Misterios del Calvario y del cielo.—16. Desdicha de los enemigos de la Eucaristía.—17. Resumen y conclusión.

9. ¡Oh Amor, Amor! ¡Cuánto sabes, cuánto puedes, cuánto quieres, cuánto te ingenias! ¿Qué entendimiento humano ni angélico pudo nunca imaginar, ni aun soñar, poseer á Dios dentro de

su corazón, albergarle realmente en su pecho, formar una sola cosa con Él, y ser objeto constante de sus más finos, tiernos y delicados amores? ¡Oh Amor, Amor! ¡Que es cosa de volverse loco, ó de considerar que Vos, Dios amorosísimo, habéis perdido el juicio con vuestra infinita dilección hacia el hombre!

Todo lo que pidieréis á mi Padre en mi nombre—dijo Cristo nuestro Señor—*os será concedido.* ¡Muy bien, Redentor dulcísimo, muy bien! Pero ¿cómo era posible que nosotros hubiéramos pensado nunca en rogar á vuestro Eterno Padre que Vos, su amadísimo y único Hijo, os humillarais y anonadarais hasta el extremo de haceros Hostia pequeñísima, para venir á lo íntimo de nuestro corazón, y alimentar nuestra alma, y deificar nuestro espíritu, y realzar nuestra vileza hasta el punto de servirnos de morada y de vivir de vuestra propia vida? Sin embargo, lo que nosotros no pudimos nunca imaginar, Dios lo ha hecho; lo que el hombre jamás pudo concebir, ni soñar, ni se hubiera atrevido á desear, el amor infinito de Dios lo ha ideado, lo ha querido, lo ha realizado. Mas ¿de qué manera?

10. ¡Pásmense los cielos! ¡El hombre se apartó de Dios por desprecio, y Dios vino al hombre y se unió á él por amor! ¿Quién es el hombre, Señor, para que así le engrandezcas? Dios Padre engendró *ab aeterno* á su divino Verbo; el Verbo se hizo *carne* y habitó entre nosotros: la carne del Dios-Hombre se hizo *victima* y se sacrificó en el Calvario; la *Victima* se inmola en nuestros altares y se hace *Hostia*; y la Hostia santa es el lazo inefable que nos une íntimamente con Dios, nuestro divino Hacedor. ¡Oh portento de la sabiduría, de la bondad y del poder del Altísimo!

Clarísimo se está viendo. El amor infinito de Dios hacia el hombre hizole establecer una cadena admirable, compuesta de tres eslabones, que unen la tierra con el cielo, la humanidad con la divinidad, la criatura con el Criador. *Generación eterna del Verbo*; primer eslabón (*Ego hodie genui te*).—*Encarnación del mismo divino Verbo*: segundo eslabón (*Verbum caro factum est*).—*Eucaristía*: tercer eslabón (*In me manet, et ego in illo*). Después de la Eucaristía, en la tierra no hay más allá. La unión está consumada; el hombre queda hecho *concorpóreo y consanguíneo con Cristo*: Cristo y el hombre forman una sola cosa, y así como Cristo es el centro del universo (*omnia traham ad me ipsum*), así la Eucaristía es el centro adonde convergen todos los actos de la Religión y todos los divinos misterios, ó, lo que es lo mismo, todo el *dogma* y toda la *moral*.

11. No se puede poner en duda. La Eucaristía nos lleva á creer en la *Santisima Trinidad*, porque en ella se contienen por modo in-

separable las tres divinas Personas. Nos lleva á creer: *en Dios* Todopoderoso, pues ella testimonia su omnipotencia, su bondad y sus perfecciones infinitas; á creer en la *Encarnación* del divino Verbo, porque ella es la continuación y la perfección de aquel misterio inefable; á creer en la *Redención*, porque ella es el complemento de la obra redentora; á creer en la *Iglesia*, porque sus ministros la realizan, la custodian, la distribuyen y la exponen á la pública adoración; á creer en la *vida eterna*, porque ella es la prenda que el Señor nos da para obtenerla.

12. Y no menos es la Eucaristía el centro de la moral cristiana, pues ella nos obliga á conservar *pura* la conciencia para poder recibirla; á permanecer en *humildad* para someter nuestra razón á la fe; á permanecer *confiados*, puesto que nos une íntimamente al Señor Dios Todopoderoso; á caminar en *caridad*, pues nos une á todos en la misma mesa; á participar del mismo pan y á sostener el mismo espíritu; ella, en fin, nos hace andar *en piedad* para conservar en nuestro ánimo los frutos de la Comunión sagrada. ¡Qué hermosa es la Religión del Crucificado cuando se contempla á la divina Víctima prisionera de amor en el Sagrario!

13. Las aspiraciones de los hombres en los tiempos antiguos fueron coronadas con la Encarnación del Verbo; mas las nuestras, creciendo en intensidad por las divinas promesas, sólo pueden ser satisfechas encarnando en nuestros altares el Hijo de Dios y dándonos en alimento, como delicia suprema de nuestras almas. A nuestros primeros padres, y para conducirlos á la muerte, les fué dicho por el autor del mal: *Tomad y comed: seréis como dioses*; y á nosotros, para realizar aquella promesa y darnos la vida, nos dijo nuestro Señor Jesucristo: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo; si coméis de este Pan estaréis en mí y Yo en vosotros: seréis como dioses.*

¡Maravillosa analogía! Lo que el demonio propuso para perdersenos, Jesucristo lo realiza para salvarnos. El banquete eucarístico es el trofeo de las conquistas de Jesús sobre el enemigo del linaje humano. Lo que Jesucristo deseó, lo que predijo antes de su muerte, lo que no llevó á cabo por completo en el Calvario, ha tenido feliz término en la Eucaristía sagrada, pues por ella y en ella nos ha hecho una sola cosa consigo mismo, nos ha hecho vivir de su propia vida, nos ha deificado cuanto es posible aquí en la tierra, y es como si nos dijera: «Alimentaos de mi carne y mi sangre: *seréis como dioses.*»

14. Pues bien: estas grandezas y magnificencias del Sacramento eucarístico se nos manifiestan claramente por *los misterios*